



Imma Monsó

El aniversario



DESTINO

El aniversario

Imma
Monsó

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1369

Título original: *L'aniversari*

© Imma Monsó, 2016

© Editorial Planeta, S. A. (2016)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2016

ISBN: 978-84-233-5094-0

Depósito legal: B. 7.824-2016

Impreso por Black Print

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

I

Ya van tres semanas. Tres semanas sin dirigirse la palabra. Tres semanas sin ni siquiera saludarse. Circulan ahora en silencio, muy conscientes de que el primero que diga cualquier cosa iniciará una etapa nueva en una relación de pareja larga, una relación que comenzó hace más de veinticinco años y que, tal vez, haya llegado el momento de liquidar. Él conduce. Aparta un instante los ojos de la carretera para observar el ángulo superior derecho del parabrisas: busca instintivamente la pegatina de la ITV y, al no verla, recuerda de nuevo que estrena automóvil, el de ella (son una de esas parejas en las que cada uno se paga su propio coche). Le tranquiliza pensar que si les para la policía, no será por no haber pasado la inspección técnica, como le ocurrió hace tres semanas con su coche viejo y destartado.

Ella no piensa ni mucho menos en inspecciones técnicas: para eso cambia de coche cada cuatro o cinco años, para no verse obligada a pensar en ese tipo de cosas o, para ser más exactos, para que no se vea obligado él; es del tipo de mujeres que, pese a tener el vehículo a su nombre, prefieren que, en caso de

viaje conjunto, sea el hombre quien conduzca el coche y quien lo haga inspeccionar. Lo que hace ella es recitar versos que traduce en silencio: *Puedo tocar un pito imaginario / Puedo bailar un vals imaginario / Puedo tomarme un trago imaginario / Puedo pegarme un tiro imaginario / Hoy estoy, además, de cumpleaños / Pongan todas las sillas a la mesa / Voy a bailar un vals con una silla / Se me pegó la lengua al paladar*. Se trata de un viejo juego que utiliza para borrar imágenes demasiado invasivas: todo comienza con una palabra que desencadena en ella una reacción desproporcionada, casi siempre acompañada de imágenes potentes, vívidas, más reales de lo que cabría esperar incluso en alguien muy imaginativo. Las imágenes se hacen tan persistentes e invasivas que, para disiparlas, visualiza en silencio la palabra que las provocó, hace que el significante de la palabra desfile por su mente, luego la acompaña de otras palabras que desfilan con ella, y que acaban por formar un texto, preferiblemente versificado: es lo que hace, visualizarlo en la imaginación negro sobre blanco y repetirlo como un mantra hasta que pierde todo sentido, hasta que se esfuma cualquier relación del significante con el significado. A menudo se trata de poemas que se sabe de memoria; y también la ayuda a combatir las imágenes invasivas el traducirlos a las lenguas que conoce, es importante que los versos conserven la métrica o, al menos, el ritmo. Repetir la traducción de una lengua a otra, a veces en un vaivén sin sentido, le resulta efectivo para apaciguar la invasión de imágenes, hace que las imágenes se disuelvan lentamente en un fondo blanco sobre el que

destacan las palabras que desfilan en una especie de efecto karaoke...

Todo transcurre en el interior de su cabeza, mientras permanece inmóvil, muy quieta (todos tenemos algún juego infantil que nos gusta conservar en la vida adulta). La palabra que hoy ha desencadenado el proceso es «aniversario», ayer él le envió un breve mensaje al móvil: «Celebraremos el aniversario lejos de casa. Saldremos a las nueve».

Desde que nacieron los gemelos, hace ahora veintitrés años, la traducción mental de versos se fue espaciando. Las palabras que le gustaban o irritaban o impactaban no le provocaban ya reacciones tan exageradas y, en consecuencia, no aparecían imágenes invasivas cuando las oía y no necesitaba ver desfilar versos ni traducirlos en silencio para conjurarlas. Digamos que su intensa vida interior se apaciguó o pasó a un segundo plano: la realidad externa la solicitaba y ella se limitaba a acudir, y le resultó más fácil de lo que nunca habría pensado. Ahora, en cambio, de nuevo ha regresado el efecto karaoke, y a menudo se queda pasmada mientras hace que por su mente desfilen palabras con la destreza de un hábito muy arraigado desde que tenía cinco años, cuando estuvo a punto de morir asfixiada en un jersey del que no lograba salir. Tenía frío. Su madre le alargó un jersey marrón de lana muy densa (tiene el vago recuerdo de que su madre lo había encogido tras un lavado erróneo en agua muy caliente y que el jersey, reducido y apelmazado, se aguantaba solo). No recuerda etapas anteriores de su infancia: sus recuerdos empiezan en el interior del jersey. A oscuras.

«*Ajudá-la*», dijo su padre en portugués. Arreglaba un mueble a martillazos mientras su madre planchaba. «¿No ves que está jugando?», dijo su madre sin dejar la plancha. Ella sólo oía los martillazos de su padre y el ruido de la plancha cuando su madre la posaba. Ambos se encontraban en la misma habitación, pero no acudían a rescatarla. Probablemente la madre sólo levantaba los ojos de la tabla de planchar para mirarle a él, convivían por temporadas y la llegada del hombre desplazaba el interés de la madre. «*Ajudá-la, não pode enfiar a cabeça!*», era el padre quien hablaba y con razón: no podía asomar la maldita cabeza, encallada en un túnel irrespirable (¿una manga?). Pero la madre replicó: «¿Qué va! Está jugando». Esta fue la frase que cayó como un hachazo sobre ella, *¿Qué va! Está jugando*, de pronto sintió que todas las vocales de la frase se expandían (je!-ja!-e-a-u-a-o), y se hinchaban ocupando por completo el tórax e impidiéndole respirar, así, sin oxígeno, aparecieron imágenes muy vívidas de una niña que *sólo jugaba a* quedarse atrapada, que fingía quedarse atascada en el interior de un jersey marrón mientras sonaba, como la música de fondo que siempre han sido para ella las palabras, *¿Qué va! Está jugando* (je!-ja!-e-a-u-a-o), repetido varias veces en un ritmo cada vez más agónico. Más tarde sabría que eso sucede a veces, lo de verse desde arriba cuando una está a punto de perder la conciencia. Las imágenes eran de una nitidez espectacular, como también era nítida la sensación de agonía. Hasta que empezó a leer y a escribir imaginariamente (aprendía a escribir justo por entonces): *Pots comptar!*, *Està*

jugant! Y a continuación: *Bah, ela está jogando.* Lo repitió una y otra vez en silencio, traduciendo la frase a las lenguas que conocía, aún no leía versos por entonces, y las imágenes de la niña asfixiándose se redujeron a nieve en polvo, sintió que las frases la serenaban como una dulce melodía y experimentó una gran paz, ¡aunque de todas formas seguía sin poder respirar! La vieron tan inmóvil —siempre ha permanecido inmóvil cuando traduce mentalmente—, que tanto el padre como la madre se alarmaron y finalmente corrieron a liberarla de la diabólica armadura. Mientras tosía y escupía pelusa, la madre le dirigió una mirada escrutadora e insistió: «¿Seguro que no fingías?». Feo. No le gustó el sentido de la pregunta materna y hace ya tiempo que ha dejado de intentar descifrarlo. Sólo sabe que esta última frase la proyectó directamente al patio de la casa, donde por las mañanas se quedaba absorta en la contemplación respetuosa de las hileras de hormigas y, tras saborear durante unos segundos la evolución metódica de un colectivo que se dirigía a su hormiguero en fila de a dos, de un manotazo desbarató aquel orden. A partir de entonces, desorganizar filas de hormigas y desviarlas de su objetivo devino uno de sus juegos preferidos.

También a partir de entonces adquirió una relación especial con los idiomas: atesoraría todas las lenguas que sus circunstancias de niña de barrio modesto le permitieran, el catalán de la madre, el castellano de la escuela, el portugués de su padre ambulante. La poesía llegaría más tarde, cuando se convirtió en una lectora ávida: en la adolescencia, cualquier libro

le servía si estaba tejido a base de un discurso lo bastante subjetivo y si el autor tenía un mundo propio, y aunque se alimentaba repetidamente de poetas, la biblioteca municipal le suministró gran cantidad de lectura a lo largo de esos años. Algunos poemas los relejó tantas veces que más tarde podría leerlos imaginariamente sin necesidad de libro real. Gracias a las lenguas, el único conocimiento pragmático que le interesaba, encontró fácilmente un trabajo y abandonó el bachillerato: era incapaz de aprender nada que tuviera relación con la, llamémosla, «realidad objetiva», cosa que la convertía en una inútil a la hora de enfrentarse a la mayor parte de asignaturas, desde la química a la geografía. Además, leer consumía todo su tiempo disponible, incluido el tiempo que debería haber destinado a escuchar a profesores que le hablaban de otras cosas, porque leía en clase, leía en el tren, leía de noche y leía de día. Tener cuantas más palabras mejor al alcance del karaoke le parecía necesario por si algún día de nuevo quedaba atrapada en una trampa: estaba firmemente convencida de que la palabra leída, sobria y sugerente incluso cuando carecía de sentido, la salvaría de la potencia invasiva de las imágenes. En especial, la palabra poética. Todo eso creía cuando conoció al hombre que está conduciendo a su lado, hace ahora algo más de veinticinco años. Era joven. Ahora no tanto: cumplirá cincuenta dentro de unos meses.

«Traducir versos en silencio... ¿para qué?», le preguntó él poco después de conocerla. La veía perma-

necer largos ratos inmóvil y callada, y ella le explicó a qué se debía: «Leo», dijo. «¿Sin libro?», dijo él. «No me hace falta: leo los versos que desfilan por mi cabeza y los traduzco». «¿Y no los escribes?». «Nunca», dijo ella. «Tan sólo suenan en mi cabeza... Es gustoso, leerlos en silencio y también leerlos de viva voz en silencio, es decir, de viva voz imaginaria». Él dijo: «Me parece fascinante». Y a continuación: «Aunque lo cierto es que no acabo de entenderlo». Ninguno de los dos entendía al otro, cosa que les intrigó y, por tanto, interesó. A ella, que tenía una vida interior tan movida y una vida exterior complicada, la cautivó de inmediato conocer a alguien que parecía tan desprovisto de fantasía y que era extremadamente metódico: podía permanecer en un andén largo rato tras bajar del tren por la simple razón de que nunca daba un paso sin conocer el itinerario a la perfección. A él le fascinaba la actividad que bullía en la cabeza de ella, le fascinaba que la llevara en secreto, le gustaban sus juegos absurdos y sus enigmas, le encantaba que se pusiera a andar siempre sin saber adónde iba y que arrancara a hablar sin saber qué decir.

—También traduzco cuentos, relatos, capítulos de novelas, frases que se me quedan incrustadas en la cabeza, proverbios, refranes, eslóganes, y, en fin... Por lo general, prefiero los textos con métrica. O al menos con algún tipo de ritmo.

Hablaba muy deprisa y cuando acababa se quedaba muy quieta, en silencio, como si se hubiera atragantado por hablar tan atropelladamente y estuviera a punto de desvanecerse.

—¿Y cuántas lenguas conoces? —En aquellos tiempos la pregunta solía formularse con cierta admiración.

Ella dijo:

—El catalán es mi lengua materna y el castellano lo aprendí en la escuela, el año pasado me inscribí en un curso de alemán y hace seis años que aprendo inglés por mi cuenta, el portugués lo recuerdo vagamente porque mi padre lo hablaba: era de Ribeira da Pena, un pueblo de Portugal, y mi madre le conoció cuando trabajaba un verano de camarera en La Panadella, él era camionero y almorzaba con frecuencia en el restaurante y ahora están muertos los dos.

—Te serán muy útiles —dijo él.

—¿El qué? —dijo ella, con súbita aspereza.

—Las lenguas, digo.

—Supongo. De hecho, soy conserje de noche en un hotel. Me contrataron por las lenguas, pero nunca digo ni pío. Puedo leer durante horas, con libros o sin ellos, en la calma nocturna de la recepción.

Bien mirado, las cinco lenguas le han servido de poco. Empezó otros estudios, siempre relacionados con la literatura o las Bellas Artes, pero estaban abocados a la enseñanza, y enseñar le parecía fuera de su alcance. Ella, con toda esa frondosidad de vida interior que la absorbía por completo, ¿cómo podía pensar en subirse a una tarima para comunicarse con un grupo de oyentes? No se veía capaz y no trató de obtener título alguno. Quedaban las lenguas. Le sirvieron para el trabajo en el hotel de Barcelona en donde lleva trabajando más de veinticinco años,

pero las ha usado poco porque el hotel fue de poca caída y se especializó en turismo regional de jubilados, en gran medida gracias a ella, que lo salvó de la quiebra, salvando así tanto su puesto de trabajo como el negocio de los propietarios. La maternidad y el trabajo la cambiaron. Su progresiva dedicación al hotel y la llegada de los gemelos redujeron al mínimo su tiempo para ensimismarse, su vida interior se redujo y, a lo largo de más de veinte años, los mundos vividos en la imaginación cuando era joven han permanecido en estado de latencia.

Pero ahora... Ahora las cosas han cambiado. Los gemelos se han independizado y viven lejos. Sus padres murieron hace muchos años. Se aproxima el horizonte de los cincuenta. Y lo más interesante: tiene una posibilidad, que aún no ha decidido aceptar, de dejar el trabajo. Una cadena de hoteles ha hecho una oferta que, al parecer, los propietarios quieren aceptar. Conscientes de que ella, que ahora dirige el negocio, ha contribuido a salvarlo de varias crisis, los dueños le han hablado de una indemnización si se cierra la venta y ella no se queda a trabajar con los nuevos propietarios. La libertad soñada en sus tiempos adolescentes parece que llega al fin. Sin embargo él, el hombre que conduce a su lado, sigue ahí. Él sigue ahí después de ese largo paréntesis de vida matrimonial y de cotidianidad familiar, años viendo crecer a los niños y luego viendo madurar a los niños, que seguían en casa. Antes de ese paréntesis apenas habían salido juntos unos pocos años. Una temporada deliciosa en la que disfrutaron comprobando cuán opuestos eran sus gustos, sus personali-

dades y sus necesidades. Fue justamente al principio de aquel período cuando él dijo:

—Te serán muy útiles.

—¿El qué?

—Las lenguas, digo.

Entonces ella dijo que le habían servido para su puesto de trabajo en el hotel, para leer libros reales e imaginarios y para traducir versos en la cabeza. Y él preguntó:

—Traducir versos en silencio, ¿para qué?

Y a ella le encantó la pregunta porque nunca había conocido a un hombre que, pareciendo tan prosaico como él parecía, fuera capaz de formular esta pregunta con verdadera devoción: un hombre poético jamás habría hecho una pregunta como ésta, pensaba. Un hombre prosaico la habría hecho con desprecio. Pero él, que era como un muñeco mecánico y tierno a la vez, la había formulado con una devoción candorosa, y con una verdadera curiosidad se había interesado por las operaciones mentales de ella, tan complejas como inútiles. Le preguntó por la mecánica mental y ella entonces le explicó cómo desfilaban los versos que traducía en silencio, escritos negro sobre blanco como en una pantalla; nada más.

No le dijo que convocaba los versos para calmar las imágenes demasiado vívidas. Esto la habría obligado a explicar cuán potentes e invasivas eran. Mejor dejarlo pensar que ella era una mujer imaginativa y aficionada a los versos y punto. Tampoco le explicó cómo se le incrustaban en el cerebro algunas palabras que después generaban las imágenes inva-

sivas, ni cómo había estado a punto de perecer dentro de un jersey: ya era suficiente con tener un padre de Ribeira da Pena, traducir versos para nada y estar saliendo con el dueño tarado de un salón recreativo, no hacía falta añadir más excentricidades a un momento tan delicado como el del enamoramiento.

Se dispuso a comenzar una nueva vida luminosa con aquel hombre, que le parecía de una simplicidad tan deliciosa como glacial, e hizo como si el pasado nunca hubiera existido. Era fácil, él tampoco hablaba nunca de su pasado. «Si tiene uno —pensaba ella—, debe de ser leve y transparente y vacío como una pompa de jabón», pues estaba segura de que él había llegado a la adultez por un camino placido y sereno, que nada había desviado su trayectoria de muchacho sensato, correcto y feliz. Ella conjuraría el dolor y curaría sus heridas secretas junto a aquel hombre y se comportaría como si nunca ninguno de los dos hubiera vivido antes, como si ambos hubieran nacido ya adultos.

Las inflamaciones y los entusiasmos obsesivos que determinadas palabras le provocaban empezaron a desaparecer en su compañía. Más tarde, cuando nacieron los gemelos y el trabajo del hotel se complicó, las imágenes perdieron potencia: dejó de traducir versos mentalmente y también abandonó la lectura de poesía casi por completo. Descubrió una vida casi indolora, pero también más insípida, lo que no le importó en absoluto, porque un sabor de menos conjuraba un dolor de más. En suma, la potente

vida interior que le había proporcionado tantas alegrías como quebraderos de cabeza se apagó, y tuvo la impresión de que a partir de entonces dejaría que todo llegara del exterior y que todo fluyera hacia el exterior. Se ocupaba de la familia y trabajaba en el hotel con una eficiencia que nunca soñó adquirir. Era un mundo en el que convenía ser eficaz y competente, en detrimento de los sueños. Un mundo en el que se sentía a gusto e incluso se veía capaz de tener el tacto que ella, agreste como era, nunca había tenido. Si convenía ser reduccionista y divulgativa, lo era como la que más, y si tocaba ser práctica hasta la simpleza absoluta, no se privaba de ello. Se sentía cómoda en ese universo de rutinas que, después de todo, nos evita preguntarnos cada mañana de dónde venimos y adónde vamos y nos evita, por tanto, la desesperación y la hecatombe. Ahora han pasado tantos, tantos años...; han pasado deprisa y ha perdido la cuenta exacta: todos ellos más bien indoloros, todos ellos agradablemente felices.

Y, de pronto, la cotidianidad ha dado un vuelco.

Quizá el motivo haya sido esa libertad que siente próxima y que nunca ha conocido: la libertad de ser perfectamente inútil para todos. Una libertad que le recuerda la de sus veinte años, pero de calidad muy superior, porque a los veinte el futuro pesa demasiado y estás obligada a preocuparte por él. Una libertad excitante que podría ahora destinar merecidamente a otros placeres que siempre la han tentado. Han regresado las palabras que se incrustan en la mente, las imágenes excesivamente vívidas, la poe-

sía para conjurar los demonios, para calmar las imágenes y volver a las palabras. Han regresado las corrientes subterráneas y el antiguo deseo de jugar. La vida sabrosa y llena de posibilidades. Hace tiempo que no desbarata hileras de hormigas, de hecho lleva mucho tiempo sin ver un hormiguero, y nunca enseñó a sus hijos a desviarlas del recto camino. Ahora, sin embargo, experimenta la imperiosa necesidad de desbaratar un día a día demasiado recto, demasiado regular, demasiado previsible.

¿Tiene él algo que ver con este nuevo deseo? Lo ignora. Sólo que, en este momento, no alcanza a comprender cómo no ha sentido este impulso de libertad a lo largo de más de veinte años, cómo tampoco ha sentido la perversa necesidad que ahora siente de arrasar la vida construida en estos años. O quizá comprende más de lo que cree. En una ocasión, poco antes de que nacieran sus hijos, se sorprendió a sí misma pensando mientras lo observaba: «¿Y si tras este envoltorio tan transparente y angélico sólo alcanzo a ver más transparencia y tras la transparencia más transparencia y así sucesivamente hasta el infinito?». Sintió la necesidad de ensuciarlo para poder limpiarlo. Ese impulso la preocupó lo justo y acto seguido dejó de pensar en ello. Y después llegaron los años indoloros.

Pero ahora, desde hace unos meses, siente esa necesidad de sacudir el edificio construido. Y una noche fría de abril, ella estaba recostada en el sofá, envuelta en una manta de la cabeza a los pies y él, al verla tan inmóvil, pensando acaso que se había dormido o desmayado, apartó la vista del catálogo que

le habían dado en el concesionario (estaban empezando a pensar en cambiar el coche de ella, él con mucho interés, ella con menos), y dijo:

—¿Te pasa algo?

Ella buscaba un endecasílabo y esta interrupción la irritó.

—Sí —dijo secamente.

Él dejó el catálogo a un lado y dijo:

—¿Recuerdas? Cuando te conocí traducías versos en silencio... Y te quedabas así, muy quieta...

Ella lo miró, sorprendida por una perspicacia poco habitual en él, que añadió:

—¿Todavía haces eso?

—Lo había dejado. Pero he vuelto.

Él suspiró y dijo:

—Siempre me he preguntado por qué no escribes las traducciones de esos versos...

—Tengo otras cosas que hacer.

—Ya, pero si haces tus versiones en silencio, tampoco te costaría mucho coger un papel y escribirlas... O un teclado...

—No las quiero *materializar*: se deslizan por mi mente y con eso me basta.

—Mujer, lo digo porque escribiendo lo verías más claro... Vamos, digo yo que escribir te ayudaría a progresar...

—¿Progresar? —dijo ella, como si por primera vez después de muchos años él le hablara en un idioma desconocido—. ¿Progresar hacia dónde?

—Yo qué sé... En fin, parece que no quieres entenderme. Lo que quiero decir es que al hacerlo en silencio no compartes ese placer, y probablemente

también para ti sería más placentero expresarlo... Porque, vamos a ver: traducir versos en silencio, ¿para qué?

Al escuchar esta frase, apartó la manta y se incorporó como dispuesta a entrar en combate. Llevaban años sin discutir, y el tono de su pregunta no había sido ni displicente ni impertinente, había pronunciado «traducir-versos-¿para-qué?» con la misma curiosidad amable y neutra de la primera vez hacía tantos años. Pero ahora le nacía del fondo del alma todo el fuego del infierno, de pronto opinaba que él estaba obligado a conocer la respuesta tras tantos años de convivencia, y para evitar una salida de tono cáustica y excesiva se sumió en un silencio sombrío. Pero, lamentablemente, él insistió, y entonces... Entonces no pudo controlar la artillería verbal que se preparaba en su hervidero interior y empezó diciendo, en un volumen que crecía gradualmente:

—¿Cómo que para qué?

¿Cómo que para qué?

¿Cómo que para qué?

»¡Esta misma pregunta ya me la hiciste hace más de veinte años! —Se lo lanzó en el tono más mordaz que pudo proferir, ignorando la voz interior que le aconsejaba callar. Lejos de callar, añadió—: ¡Sorpréndeme de una puñetera vez! ¡Pregúntame algo nuevo de una puñetera vez! ¡Hazme una pregunta distinta! ¡Dame una respuesta distinta! ¡Di algo diferente de una puta vez! ¡Demuestra que eres capaz!

El volumen había descendido con estas últimas invectivas, pronunciadas en un tono de voz grave y diabólico, un tono de asco hiriente y cargado de violencia pero apenas audible, como si dejara claro que ni siquiera pensaba gastar voz en aquella estúpida batalla que ella misma había iniciado. Sabía que si desbarataba la hilera nunca más nada sería igual (¡éxtasis!), sabía que un mordisco verbal puede estropear fácilmente un minuto, una hora, un día e incluso una vida, pero había saciado su rabia, un instante efímero de placer y, acto seguido, un cierto grado de culpa fácilmente transformable en otra cosa con la ayuda de su imaginación en permanente actividad.

¿Y él? Él se quedó callado, dolido. Ambos lo sabían, no era nuevo para ninguno de los dos: ella era la soñadora, que vivía secuestrada por el magnetismo de sus fantasías en plena vigilia, que se alimentaba de exaltaciones proporcionadas por sus fuentes internas, era la poseedora de todas las imágenes, era la que se saciaba con realidades ideales y desmaterializadas. Y, siendo así su naturaleza, había realizado un esfuerzo de más de veinte años de adaptación y pragmatismo que en este momento apenas podía creer. Él, en cambio, seguía moviéndose como pez en el agua en la prosaica cotidianidad y naufragando en los sueños, mientras que ella, ahora, se hundía al enfrentarse a la realidad externa del día a día como le había ocurrido a lo largo de su infancia y adolescencia. Un paréntesis de más de veinticinco años parecía haberse cerrado sin avisar, y ahora las diferencias entre ambos estallaban. Peor aún, esas diferencias ya no eran objeto de fascinación como cuando se cono-

cieron (es fácil suponerlo tras verse las caras durante tantos años), sino de conflicto.

Y ese conflicto que él, con su propensión a acudir a las frases hechas, llamaba «típica crisis de pareja madura», había estallado de un modo simple o, como se suele decir, de la manera más tonta, pronunciando una sola frase, *traducir-versos-¿para-qué?* O quizá había estallado cuando ella había exclamado *¿Cómo que para qué?*, que en la elección de una réplica o de otra se dirimen las culpas. A partir de aquel día, el diálogo se repetía en términos parecidos. Si él preguntaba *¿Por qué?* Ella replicaba: *¡¿Cómo que por qué?!* Si él decía *¿Para qué?* Ella exclamaba: *¡¿Cómo que para qué?!* Si él preguntaba *¿Dónde?* Ella decía: *¡¿Cómo que dónde?!*, casi siempre con un interrogante seguido de un signo de exclamación que parecía salir de sus labios como un dardo envenenado. El permanente desacuerdo de ella con lo que él decía estaba empezando a agotarlos. Grotesco.

—Si adivinas la razón por la que no me soportas después de haber estado a gusto durante tantos años te agradecería que me la comunicases —dijo él.

—No la sé. Tiene que ver con la elección de las palabras..., creo.

—... No sé qué decir para que no respondas monstruosamente, no sé qué palabras elegir, ni cómo combinarlas para no inflamar tu ira —replicó él.

La cuestión de la elección de las palabras no era menor: la hiperreactividad de ella a determinadas

palabras había regresado con fuerza: adjetivos que se le hacían intolerables, expresiones que le provocaban náuseas, comparaciones que la enfurecían, proverbios que la irritaban, tópicos que la enfermaban e interjecciones que la desestabilizaban: todo ello desencadenaba aludes de imágenes vívidas que sólo podía tratar de apaciguar convocando el desfile de versos silenciosos.

—Busquemos soluciones —dijo él, aplicado como de costumbre—. Ha de haber algún modo... de desencallar este proceso..., de solventar esta típica crisis de pareja madura.

—¿Cómo que *típica*? —saltó ella—. De típica, nada. Cada crisis es única. Y la nuestra, más, porque es nuestra.

—Mujer, cuando digo «típica crisis de pareja madura» me estoy refiriendo a...

—¡Y *madura* menos aún! ¿Dónde está la madurez en estas estúpidas peleas?

Bastaba con que él dijera una frase para que ella la deconstruyera pieza por pieza y, una vez desmontada, ni ella ni él sabían volver a montarla.

—De acuerdo —dijo él—. No vamos a discutir por una... por una definición de crisis. Sólo digo que hay que buscar soluciones.

Ella respiró sonoramente y se encogió de hombros, exhibiendo un escepticismo que no favorecía en nada la situación. Además, ciertamente, desmontarle las frases la dejaba exhausta. Los dejaba exhaustos a ambos. Al final, dijo:

—... Bien... ¿Se te ocurre algo?

—Tal vez una breve separación... —dijo él—.

Aunque es lo último que me gustaría —se apresuró a aclarar—. Pero es lo único que se me ocurre. Naturalmente, pensarás que es muy poco original. Muy previsible... Es lo que suelen hacer las parejas.

—No sé... No creo que funcione...

—Seguro que tú, como le das tanto a la cabeza, habrás pensado un montón de soluciones distintas...

—Bueno, sí... Soy consciente de que el núcleo del problema se hace visible cuando empezamos a hablar... Y creo... Creo que el problema tiene mucho que ver con la lengua... Y por tanto la solución tiene que ver también, necesariamente, con la lengua... Tal vez... ¿si cambiáramos de idioma? —aventuró.

—Tú es que todo lo arreglas traduciendo.

—No es una mala solución —. Se quedó pensándolo con verdadero interés. Y cuanto más pensaba en ello, más convencida estaba de que era una solución acertada. Pero él no opinaba lo mismo:

—Vamos a procurar encontrar una solución más..., o sea, menos creativa. Por ejemplo, podríamos reducirlo a un problema de intolerancia.

—Cómo se nota que trabajas en la industria dietética.

—Bueno, no pensaba en ese tipo de intolerancia, aunque ya que lo dices, por qué no... Quizá es tan simple como eso: quizá es una cuestión de alergia por tu parte y yo soy el alérgico.

—¿Y aparece ahora, después de tantos años?

—Sí, claro que sí. Mi padre había comido melocotones toda su vida y una noche, de pronto, le dio un ataque serio. Nunca más pudo comer melocotones.

Lo miró. También pensaba que últimamente él decía muchas idioteces. Pero quizá siempre las había dicho. ¿O era que ella le escuchaba con un filtro diferente? En cualquier caso, que su suegro, que nunca había sido santo de su devoción, no pudiera comer más melocotones durante el último año de su vida le pareció una información del todo irrelevante. La aprovechó para seguir en pie de guerra:

—Pues nada. Si quieres que te suprima de mi dieta, ¡adelante! ¡Ya te puedes ir!

—No es eso, mujer... Yo quiero estar contigo. Lo de los melocotones era un ejemplo. Lo que quiero decir es que hay soluciones a las intolerancias. Puede que no seas alérgica a todo el individuo, sino sólo a algunos componentes. Y puedo entenderlo. De hecho, creo que te entiendo perfectamente.

Por un momento se preguntó si, aparte de la previsibilidad, la comprensión que él le brindaba era un alérgeno aún más potente. Él no lo veía así, pues siguió comprendiéndola:

—¡Te entiendo y te entiendo!... Nos conocimos muy jóvenes. Y las relaciones que habías mantenido eran muy superficiales... Más aún: alguna vez he pensado que tal vez te convendría conocer a algún otro hombre... Un segundo marido, quizá... Tal vez un tercero... ¡Nos conocimos tan jóvenes...! Sí, creo que sería capaz de sacrificarme y dejarte ir, si me lo pidieras.

Ella no quería dejarle partir, no quería. «Partir», la imagen insoportable de él empequeñeciéndose en un andén conforme se alejaba, la imagen de ese hombre, a quien había amado, con quien había compartido tantos años armónicos y felices, partien-

do a lo lejos mientras ella subía al tren con destino desconocido le provocó náuseas y le encogió el corazón. Pero acto seguido, con la ayuda de su imaginación, pudo modificar esta imagen abominable y transformarla en otra más alegre, donde aparecían segundos hombres, terceros y cuartos que la abrazaban y bailaban con ella en una atmósfera llena de humo, tan denso e irritante que tuvo que frotarse los ojos llorosos, cuando de pronto, oyó que él exclamaba en un tono levemente malhumorado:

—¿Me estás escuchando?

El humo se disipó. Tras una pausa, ella dijo:

—Sí. Bueno. Yo no quiero cortar esta relación. ¿Tú sí?

—No. Te he dicho que no. —Carraspeó y dijo—: Solicito tu colaboración para superar esta crisis. Hemos de unificar esfuerzos y localizar el componente de mi personalidad que te provoca el trastorno. Yo he intentado adivinarlo por mi cuenta, pero me desconciertas. A veces pienso que es un ingrediente; a veces, otro. Pero juntos lo encontraremos: soy un plato sencillo, no puede ser tan difícil.

—De veras que lo siento... Después de todo, no es culpa tuya. El alérgeno no eres tú, soy yo la intolerante.

—Intolerancia y alérgeno siempre van unidos. Son indisociables.

—Siempre unidos... Sí.

Se sintió mejor. Era encantador por su parte que no la culpaba de la crisis. Lo bueno del discurso cienti-

fista es que desresponsabiliza al sujeto, hace de él un simple objeto de cálculo, un foco de determinaciones biológicas que son las causas a considerar, y él es muy amante de ese tipo de discursos. Sin embargo, pasaron las semanas y no fueron capaces de identificar el ingrediente alérgeno, que parecía mutar una y otra vez, de modo que se vieron obligados a descartar este intento de solución y pasaron al siguiente.

Hace tres semanas, él le presentó una lista bien ordenada de posibles soluciones que habían fracasado.

—¿Tantas cosas hemos probado? —dijo ella.

—Sí, todas menos la que ya sabes —dijo él, señalando con el índice una palabra no tachada del final de la lista: «Cortar».

Ella suspiró y admitió que tal vez no había otra solución. Se dijeron, inoportunamente, que se amaban. Y, de pronto, ella se sintió inspirada:

—Si no queremos cortar, ¡quizá podamos callar! —Le gustó que rimara y se dispuso a traducirlo mentalmente a un par de lenguas, convencida de que eso le traería suerte y permitiría además que él, que era lento, pensara una réplica conveniente.

—¿Callar? —Se rascó el mentón como si considerara el asunto muy atentamente. Pero enseguida dijo—: No... ¡No! El silencio es el final.

—¡Te equivocas! —dijo ella. Empezó a hablar rápido y atropelladamente como cuando era joven, como no había vuelto a hacerlo en estos veinticinco años—: No es el final, al contrario: ¡En los orígenes, sólo estaba el silencio! Antes de que el mundo comenzara, sólo había silencio, ausencia absoluta de

palabras... Si quieres, no hace falta un silencio estricto: podemos escribirnos. Todo es más delicado cuando nos escribimos... Vamos, al principio nos escribíamos, lo hicimos durante unos meses y fue maravilloso.

—Teníamos veinte años y yo hacía la mili en Canarias.

—Da igual, ahora será aún más interesante: nos escribiremos a pesar de vivir en la misma casa, nada de *whatsapp* ni mensajitos, sino largas cartas... Y no pronunciaremos una sola palabra.

Él se resistió:

—¿No podríamos buscar una solución algo menos... creativa?

—¿Como cuál?

—El diálogo, sólo el diálogo salva las relaciones.

Ella trató de frenar la inflamación que le provocaba esta última frase hecha, sustituyó la reacción airada por un discurso inflamado pero conciliador:

—No es cierto, ¡no te dejes engañar! Lo del diálogo es una pamplina, lo de «hablando se entiende la gente» es una memez. La gente no se entiende hablando, se entiende pensando, cosa que nos da mucha pereza. Desengáñate: tratar de dialogar es una catástrofe, sólo tiene sentido si se conduce el diálogo con un rigor extremo, pero eso nunca se hace... Y menos en una pareja o en uno de esos debates estériles en los que cada uno habla en competencia con el interlocutor, es como un torneo de esgrima, como esos foros donde los interlocutores cambian de supuesto cuando les interesa, y siempre los más hábiles saben escurrirse por las rendijas... Lo que en verdad

deberíamos hacer es lanzar el monólogo sin tener en cuenta lo que ha dicho el interlocutor, sin la pretensión de contestarle, nada es mejor, en especial para una relación de pareja, que el monólogo: de dos monólogos independientes quizá pueda aprovecharse algo... ¡Al diablo con la dialéctica, la oratoria es mucho mejor! Se incorporó, se levantó y se sirvió una segunda copa de cava:

—¡Viva el monólogo!—exclamó.

Él lo pensó durante unos segundos y al final dijo:

—El problema es que nunca he sido un buen orador.

Ella suspiró:

—Yo tampoco.

—¿Y pues?

—Pues eso: nos damos un tiempo para callar.

Él aceptó. Ambos tienen la mejor voluntad para seguir adelante juntos.

—¿Sabes que hay algo que...? —dijo él.

—Sshhht —le interrumpió ella—. Por escrito. Dímelo por escrito.

Él coge un lápiz, le da la vuelta a la hoja de la lista de soluciones tachadas y, de pronto, siente temor. Sabe que ella sospecha que él va a escribir alguna frase típica de jóvenes enamorados (cosa que no son), y sabe que ha de escribir una frase que ella no pueda prever, una que no suene demasiado trivial, una que no contenga un término que a ella le resulte malsonante, una que no desencadene una discusión ni una pregunta de respuesta imposible, una que no requiera definiciones suplementarias. Finalmente, no escribe nada. Iba a escribir: «Quiero estar conti-

go siempre», pero de pronto se ha sentido desanimado. Y conforme pasan los segundos, se alegra de no haber escrito la frase. En lugar de ello, emite un sonido impropio de él: una carcajada breve y seca.

Y así siguen... Ya van por la tercera semana completa de silencio: sólo alguna tos de vez en cuando, algún que otro suspiro, alguna de esas insólitas carcajadas secas por parte de él (toda una novedad)... Pero ni una palabra. Se han cruzado a menudo en la casa y se han intercambiado algunas miradas breves, incluso intensas, y en algún momento les ha parecido que de veras iniciaban una nueva etapa. Su relación sexual se ha visto momentáneamente estimulada por este silencio que los convierte en dos extraños capaces de ofrecerse mutuamente perspectivas desconocidas. Ninguno de los dos ha recibido carta del otro, ninguno de los dos ha enviado carta alguna. Ella se siente a gusto: convencida de que por fin han hallado una fórmula de convivencia que roza la perfección, convencida de que no le importaría vivir así hasta el final de los tiempos. Cuando tropieza con él, lo imagina diciéndole lo que nunca había siquiera imaginado que él podría decir. Y ninguna frase pronunciada por él interrumpe sus ensueños. Finalmente, pues, el silencio ha sido total, oral y escrito, a lo largo de estas tres últimas semanas, hasta que él, ayer, le envió este mensaje: «Celebraremos el aniversario lejos de casa. Saldremos a las nueve».

Nunca le ha gustado celebrar aniversarios, pero el mensaje de ayer, tal vez por la situación de mutuo ostracismo en que se encuentran, la intrigó y la ilu-

sionó. Y a lo largo de toda la noche ha desfilado por su mente este regalo de aniversario distinto en forma de imágenes espléndidas, vívidas aguas cristalinas de islas vietnamitas que desearía visitar, playas tropicales, desiertos de ensueño (sí, aún hay gente que no viaja, y ni siquiera la excusa de tener a los hijos en el extranjero se lo ha permitido, porque el hotel no puede prescindir de ella y lleva siglos sin tomarse unas vacaciones dignas de este nombre). A primera hora de la mañana ha descolgado el teléfono para avisar que no iba a trabajar, algo que ella jamás había hecho antes. «Necesito dos semanas», ha dicho. No es una exigencia injusta, si tenemos en cuenta que le deben muchas más.

A lo largo del trayecto ha ido borrando las imágenes de islas paradisíacas y de desiertos imponentes, porque no han ido al aeropuerto, ni siquiera hacia la frontera de Francia: han dejado la autopista por la salida Girona Nord y enfilado la C-66 en dirección a Besalú, de modo que está llegando a la conclusión de que, más que un viaje, será una excursión a la montaña. Pero la idea del aniversario sigue azuzándola, en especial desde que ha aparecido el verso adecuado (*avui estic, a més, d'aniversari*), le gusta este juego en donde la cualidad escurridiza de las palabras se manifiesta en todo su esplendor, ahora los versos originales ya no son los que eran, aunque igualmente le infunden una alegría peculiar (*se me pegó la lengua al paladar*).

Eso es todo por el momento. Hoy da comienzo eso que muchas parejas llaman «darse una nueva oportunidad». Tres semanas sin hablarse han sido

una excelente manera de hacer limpieza, de recuperar un terreno virgen de palabras pronunciadas, de dejar atrás tantas frases carcomidas, marchitas, exprimidas durante años, y quizá estrenar otras nuevas. Por eso ella ha aceptado este viaje (presa de un deseo esperanzado, de una curiosidad renovada), especialmente porque la fecha de hoy no le suena de nada y no puede dejar de preguntarse con creciente intriga qué maldito aniversario están a punto de celebrar.